

De la relación entre el sentido del tacto y la prudencia

Paola Ambrosioni¹*

...si bien es inferior a muchos animales en los restantes sentidos, sin embargo, (el hombre) es capaz de percibir por medio del tacto con mucha más precisión que el resto de los animales. Y de ahí que sea el más inteligente o prudente de los animales.²

¿Somos inteligentes porque somos sensibles? ¿Es decir que nuestra capacidad de discernir y juzgar, nuestra inteligencia práctica, depende de nuestro sentido del tacto? Extraña afirmación de Aristóteles que relaciona el sentido del tacto con la prudencia. De todos los seres animados y sintientes, sostiene el estagirita, el hombre es el que más finamente discierne las cualidades tangibles de los objetos, por tener “la carne más blanda”. Y es esta capacidad para discernir, corpórea y mediada por la piel, la causa de que sea el más inteligente. Esta inesperada relación es, por un lado, consecuencia y testimonio de la inescindible unidad que somos, y por otro, invitación a valorar este sentido tantas veces olvidado por una época que idolatra las imágenes y, por consiguiente, el sentido de la vista.

Las cualidades tangibles del mundo son infinitamente variadas en tipos e intensidades, como también el grado de sensibilidad que cada uno de nosotros tiene frente a éstas. De allí que el filósofo concluya que las diferencias de grado en la inteligencia de los hombres dependen de la mayor o menor “dureza” de la carne.³ Nos puede resultar extraño, o sorprendente, pero también nosotros hablamos metafóricamente -tal vez no tanto- de la “dureza” de algunos hombres a la hora de entender. Y ciertamente encontramos grandes diferencias, hombres con mentes más rígidas y otros cuyo entendimiento es más flexible.

Es interesante ver que estas diferencias no se manifiestan sólo respecto de la capacidad de entender conceptos abstractos o ideas complejas, sino también respecto de saber cómo actuar en determinadas situaciones. Y esto sucede al

¹ Dra. en Filosofía (UCA).

² Aristóteles, *Acerca del alma*, 9 II 421a 16-20.

³ “Prueba de ello es que en el género humano los hay por naturaleza mejor y peor dotados en función de este órgano sensorial y no en función de ningún otro: los de carne dura son por naturaleza mal dotados intelectualmente mientras que los de carne blanda son bien dotados.” Ibid. 9 II 421a 20-26.

considerar ambos aspectos de la inteligencia: el especulativo y el práctico. El viejo griego utiliza la palabra “φρονιμώτατόν”, que significa el “más inteligente”, pero también el “más prudente” de todos, ya que tiene la misma raíz que la palabra “Φρόνησις”, que se traduce por prudencia. El uso de este término confirma, una vez más, que bajo su mirada, el hombre es una unidad indisoluble, alma y cuerpo, entendimiento y sentidos, teoría y praxis.

Así se explica, de algún modo, que usemos la frase “tener tacto” para expresar aquella capacidad de entender lo que le pasa al otro, saber manejarse con delicadeza, cuidar lo que se dice o hace en determinadas circunstancias. Es la forma más gráfica de decirlo. Difícil encontrar otra mejor. Aristóteles, en este pasaje, nos recuerda el origen de esa metáfora, al relacionar un tacto con otro: el tacto de la carne y el tacto como virtud⁴, que corresponde a la prudencia o inteligencia práctica, cuyo sentido original viene dado, sorprendentemente, por la sensibilidad de nuestra carne, por su aptitud para discernir.

El cuerpo, a través del sentido del tacto, es lo primero que nos pone en contacto con el mundo, con los otros y con nosotros mismos. Si pensamos en un recién nacido se comprende más fácilmente que la piel de su madre constituye el límite de su mundo. Habita un mundo de sensaciones táctiles. Incluso toca, de un modo especial, la leche que lo alimenta ya que el gusto parecería ser también, una de las formas del tacto⁵. Toca y es tocado por su madre, sensación que lo calma y lo hace sentir seguro. Toda nuestra experiencia del mundo, que luego será mucho más compleja, comienza allí. La psicología se ha ocupado de mostrar con evidencias irrefutables, cuán importante y constitutivo de nuestra identidad es ese primer “contacto” piel con piel.

El tacto es, además, el más básico de los sentidos y el que menos se deteriora. Aun cuando nos faltaran todos los otros sentidos, el tacto nos seguiría dando noticias del mundo y de los otros. Recordemos el conocido caso de Hellen Keller⁶, aquella niña norteamericana que quedó ciega y sorda por una enfermedad, a los 19 meses de vida. Su existencia se encerró en la oscuridad y el silencio, y su capacidad de pensar y comunicarse con el exterior quedó bloqueada, hasta que su maestra tuvo la intuición genial de sostener una mano de la niña bajo el

⁴ Cfr. Francisco Diez Fischer, “Hermenéutica táctil”, en *Filosofía hoy, Un abordaje interdisciplinario de lo humano*, coord. por Darwin Reyes-Solis, Universidad politécnica salesiana, 2021. ISBN digital: 978-9978-10-580-1

⁵ Aristóteles, op. cit. 10 II 80, Nota del trad. “La existencia o no de un medio transmisor entre el objeto sensible y el órgano sensorial divide a los sentidos en dos grupos: perciben a través de un medio la vista, el oído y el olfato; por contacto inmediato, el tacto y el gusto. De ahí que este último se considere como especie del anterior”.

⁶ Conocido caso relatado por la propia Hellen Keller (1880-1968) en su autobiografía, titulada *La historia de mi vida*, publicada en 1903.

chorro de una fuente, mientras delectaba con el dedo la palabra “agua” sobre la palma de su otra mano. Este gesto táctil le abrió un mundo de posibilidades y desarrollo personal. Casi una comprobación empírica de la tesis de Aristóteles.

El tacto nos pone en relación con los otros y con el mundo. Tocar un objeto es la forma más primitiva y sencilla de comprobar su existencia, y al mismo tiempo la nuestra. Basta con sentir en la punta de los dedos la superficie de lo que tengo delante, para comprobar que este teclado o esta mesa existen y yo también, ya que me toco a mí misma cuando toco algo. Es el único sentido reversible. No podemos tocar sin ser tocados, a nuestra vez, por el objeto que tocamos.

El medio en que se percibe lo tangible no es otro que el cuerpo propio, o la carne. A través suyo tocamos y somos tocados. Percibimos las diferentes cualidades de otros cuerpos, como la textura, la resistencia, o la suavidad, y es allí, en nuestro cuerpo, donde se originan las sensaciones de placer y dolor. La sensibilidad de nuestra carne nos hace vulnerables desde el momento en que nos expone al sufrimiento y las heridas, pero también -nos recuerda el filósofo- nos hace más inteligentes. De esa debilidad podemos hacer surgir nuestra mayor fortaleza. La sensibilidad del tacto, común a todos los hombres, se da en diferentes grados. Y al igual que cualquier capacidad humana, es posible de ser perfeccionada mediante el ejercicio. Agudizar la sensibilidad, “afinarla” para discernir diferentes tonalidades, hacer más fina la piel, para que sea más perceptiva, resultará entonces, en un mayor discernimiento, es decir en un modo de actuar más prudente. Y ser prudente, en este sentido, tener desarrollada la virtud del tacto en el trato con los otros, implica, ciertamente, empatía o compasión. Nos conmueve el dolor del otro porque sabemos, en carne propia, cómo se siente un cuerpo que duele. Gracias a esta experiencia, podemos sufrir con el otro, ser compasivos o empáticos. Tanto la propia vulnerabilidad, la capacidad de ser heridos, como la empatía, se apoyan entonces, en algo tan básico como el sentido del tacto. Encuentran allí su posibilidad.

Decía Empédocles, que “lo semejante se conoce por lo semejante”. Aristóteles subraya que sólo somos afectados por el objeto sensible en la medida en que poseemos la capacidad de percibirlo⁷. En este terreno mixto, entre la piel y la inteligencia, entre la sensación y el conocimiento, en el terreno de la afectividad humana, que da cuenta de nuestra indisoluble unidad psicósomática, lo tangible puede ser la textura o la solidez de un cuerpo, como también la angustia o el miedo del que está frente a mí. Tener la capacidad de acoger y consolar

⁷ Aristóteles, *op. cit.* 12 II 124b, 5-10.

el sufrimiento ajeno, aprender a no tocar donde al otro le duele, es también un tema de tacto y de prudencia. Y eso se aprende con la práctica: el dolor enseña.

Sobra decirlo, porque todos lo sabemos por experiencias vividas: no podríamos conocer el sufrimiento del otro si no fuésemos nosotros también, seres corpóreos, sintientes y por eso vulnerables. Nada de lo que le pasa al otro nos “tocaría”, si nuestro tacto no estuviera preparado, entrenado, por el sufrimiento en carne propia.

Porque creo que el lenguaje poético es el más adecuado, ya que se dirige precisamente a nuestra sensibilidad, quisiera terminar con unos versos de Olga Orozco, que expresan poéticamente esa experiencia:

“Pero yo sé que cada tiniebla se indaga solamente con la noche que llevo
que la piedra se entreabre ante la piedra
de la misma manera que se tantea el corazón con el abismo,
¿Hay alguna otra forma de asomarse hasta el fondo del subsuelo,
el fondo de otra herida, el fondo de otro infierno?”⁸

⁸ Orozco, Olga, “Al pájaro se lo interroga con su canto”, de *En el revés del cielo* (1987), en *Olga Orozco, Poesía completa*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2013, p. 354.